

de *San Balandrán*, desempeñada por aquel grupo de actrices enteramente nuevas, y aun no inficionadas con los vicios inherentes, por desgracia, á esa carrera, y de los que tan pocos artistas pueden salvarse. Piedad Flores, bella y bien formada; la Ramírez, casi una niña, muy guapa y expedita; la Salgado, alegre, risueña y rebosando vivacidad; Rosa Flores y Matilde Navarro, presentaron fresco y simpático conjunto en los vistosos trajes de *Dahalia*, *Acacia*, *Camelia*, *Lila* y el *General*. Desempeñó Amalia Gómez el papel de la *Reina Magnolia XV*, satisfecha del aprecio con que el público recibía aquel ramillete de muchachas guapas y apreciables actrices, por ella sacadas á las tablas. En *La Epístola de San Pablo* y en *La Isla de San Balandrán*, se presentó también por primera vez, y como galán joven, el Sr. Sierra, que trabajó muy acertada y discretamente. Enrique Guasp dirigía la escena en la parte dramática, el apreciable y ya conocido actor, Manuel Serrano, le secundaba, y el maestro Freire y Góngora, tuvo á su cargo la orquesta. Los coros estuvieron también compuestos de gente joven y nueva.

El éxito de la Compañía de la Gómez perjudicó en un principio á los demás teatros, de los cuales voy á dar sucinta razón: en el Principal no se hizo sentir gran cosa la separación de aquella actriz, y la Corro, y los Areu, y Poyo y Ruiz entretenían buenamente á su público con las obras más aplaudidas de su extenso repertorio y con sainetes como *Los dos ciegos*, y el tango *El cucuyé* y la jota del *Ta y el Té*, repetidos millares de veces, y no digo hasta el fastidio, porque nunca el público daba muestra de sentirlo: además, la función costaba barato, simples *cuatro reales*, precio que por primera vez y en ese teatro empezó á usarse en aquellos días.

*Los Dioses del Olimpo*, *La Colegiala*, *Entre mi mujer y el negro*, *El Juicio Final*, *Catalina*, *El Diablo en el poder*, *Un pleito*, *Casado y soltero*, *La trompa de Eustaquio*, *Un tesoro escondido*, *El Valle de Andorra*, *Los Diamantes de la Corona*, *El secreto de una dama*, *El relámpago*, *La Conquista de Madrid*, *Campanone*, *Los novios de Teruel*, *Frasquito* y otras, formaban su repertorio, y en combinación con ella, trabajó en diversas funciones el prestidigitador mexicano José María Bonilla.

El modesto teatro de Hidalgo, por el aun más módico precio de *dos reales*, congregaba los martes y los domingos á los vecinos de Corchero, San Jerónimo, Aduana Vieja y Monzón, para hacerles oír las piezas morales y dulcecitas de Larra y de Eguilaz, ó los más patibularios dramas, que conmovían hasta sus raíces aquella vetusta armazón de vigas y tablas viejas. Josefa García, Matilde y Cristina Dalmau, Rodríguez, Gambino, Ríos, Arteaga y algunos más llevaban el peso del trabajo de *La loca de Nápoles*, *Borrascas del corazón*, *Flores y Perlas*, *Laura ó la Hija plagiada*, et sic de cæteris; de vez en cuando la Empresa se extendía á dar zarzuelas como *Por seguir á una*

*mujer*, y tal cual otra de las pocas que estaban á sus alcances humildísimos; en ellas y con el mismo desplante que en *Flor de un día*, *El tanto por ciento* y las ya nombradas, hacía las delicias de los gacetilleros Matilde Montañés y García.

El Teatro de Iturbide apenas en las tardes de días festivos daba señales de vida, franqueando su escenario á culebrones dramáticos y trágicos de todas las épocas y nacionalidades: *La Gracia de Dios* y *Larga Espada ó El Hijo de la Tempestad*, salteados con *La Noche más venturosa*, eran lo menos malo que allí estaba en juego: en los meses de Noviembre y siguientes dió en Iturbide diversas funciones el prestidigitador Profesor Morey, que concluía sus suertes haciendo una rifa de "objetos de plata labrada, géneros, ferretería, cristalería, abarrotes, mercería, porcelana y loza."

Verdaderamente, todo esto era casi lo mismo que no tener teatro, y con razón Luis G. Ortiz exclamaba en una de sus "Revistas" publicadas en *El Monitor*: "Si en Europa se contase que en una ciudad con todos nuestros humos de riqueza y civilización, compuesta de más de doscientas mil almas, no podemos sostener un teatro digno de ella, confirmarían y con justicia la opinión que tienen formada de nuestra educación y nuestros adelantos. Y no se alegue como eternamente lo oímos, el malestar y la miseria; porque si esta es una verdad respecto de una parte de nuestra sociedad, no lo es de toda, siendo considerable el número de personas que gozan de buenas rentas ó sueldos que pueden permitirles muy cómodamente el gasto, demasiado cómodo sin duda, fijado de algún tiempo á esta parte por los empresarios ó compañías dramáticas. No es un mal menos lamentable el monopolio establecido por los propietarios de teatros y sus dependencias, que hace que los pobres actores trabajen, casi casi sin fruto y sólo para aumentar el capital de ciertos individuos. Esto tiene un remedio fácil, pero que no esperamos ver aplicado jamás: ¿qué es para un gobierno el gasto de construcción de un teatro ó la adquisición del que hoy tenemos? ¿le sería imposible una pequeña subvención? De esta manera concluiría el abuso de los propietarios de los teatros, y nuestra Capital no pasaría por la vergüenza de verse privada de lo que no falta en cualquiera de las ciudades de cuarto ó quinto orden del extranjero. Pero esto no pasa de ser una buena ilusión que nosotros nos formamos, y que nunca veremos realizada.

"Muchos años pasarán sin duda, para que entre nosotros pueda decirse que existe un teatro nacional; menos aún, artistas mexicanos. Los ensayos dramáticos de nuestros literatos y poetas han sido, por desgracia, débiles, casi nada, si se les juzga con el criterio rígido, justo y tranquilo del crítico, y tal vez demasiado si se atiende á la edad de nuestro país, á su primera educación y al cúmulo inmenso

de desgracias y decepciones con que ha tenido que luchar desde los primeros días de su agitada niñez. El teatro que con un alto fin político ha sido y es cuidadosamente protegido en Europa, no ha tenido por nuestros gobiernos sino el más completo abandono. El ahinco de alcanzar una fortuna por lo que hace á algunos actores extranjeros, y la ambición de gloria de algún genio mexicano, han sido los únicos elementos y origen de nuestro humilde teatro. En lo material, la ciudad más hermosa del nuevo mundo no tendría uno digno de su rango, sin los grandes y nobles esfuerzos, es preciso decirlo, de un extranjero, de D. Francisco Arben, que era ciudadano de la República de Guatemala.

“Respecto de artistas nacionales, es preciso confesar que tampoco los tenemos; algunos, de genio natural, no han tenido cultivo, y no hallamos sino aprendices en que no vemos un verdadero artista en el rigor de la palabra. Sólo exceptuamos á los antiguos Salgado, Castañeda, Castro y la Cordero, que alcanzaron de grandes artistas extranjeros calificativos de mérito y talento. Hoy no podemos decir otro tanto, y las pocas cabezas que podrían haber sido algo, están llenas del humo de los exagerados elogios de la patriotería ó de la amistad. Salidos en lo general de hogares humildes, rechazados por los círculos elegantes y finos de la sociedad, nuestros cómicos adolecen de falta absoluta de buenas maneras, y parodian grotescamente y por su propia inspiración, maneras y costumbres que ignoran, que jamás han podido ver y por consecuencia ni imitar. Lástima causa en nuestra escena ver á una damita joven, haciendo la niña pulcra y aristócrata, afectar ufana ciertos remilgos que cree la suma finura, mientras la infeliz no hace realmente sino tomar el aire de una chica de *medo pelo* ó de una costurerilla relamida. Y, sin embargo, ésta será, tal vez, frenéticamente aplaudida, se la proclamará una artista, y la cándida niña se embriagará feliz con el humo de su vanidad. En este caso, la pobre niña alcanzará una corona de rosas que vivirá sólo un día.

“Una escuela de declamación, un curso serio y regularizado, y algún artista verdadero que dirigiese con eficacia y conciencia el establecimiento, sería el único medio de crear y formar verdaderos actores, medio que, desgraciadamente, está muy lejos de nosotros.

“De los males apuntados, resulta el poco conocimiento de teatro en nuestro público en lo general, y las bárbaras apreciaciones que frecuentemente se hacen de las obras dramáticas que se dan en nuestra escena, aplaudiendo frenéticamente los dramas de brocha gorda del teatro francés ó los culebrones del español, mientras se dejan pasar inadvertidas las bellezas y rasgos de mérito de uno y otro.”

Tal es el modo con que Luis G. Ortiz juzgaba de nuestros actores y de nuestros teatros en aquellos días de positivo decaimiento de

nuestros espectáculos, en los que sólo el *Can-cán* seguía privando. “Hace un año, decía en esa misma fecha el maestro Altamirano, nos desgañamos algunos amigos y yo, gritando contra el *Can-cán*. A pesar de las buenas y graves razones que entonces expusimos, el público corría desalado á ver los *Dioses del Olimpo*, el *Can-cán* del Circo de Chiarini, y después á la Torreblanca y su séquito de Maritornes, transformadas en sílfides pantorrilludas. El frenesí no ha pasado todavía, y lejos de eso, el *Can-cán* se ha generalizado en México con la rapidez del cólera. Todo el mundo silba, canta y baila el *Can-cán*, que está arraigado, consagrado por las costumbres, y el que lo ataque se expone al anatema universal. Con estúpido descaro se habla de los desenfadados *can-can*es del Circo, del Nacional ó del Principal, y las localidades se agotan cuando se sabe que las bailarinas van á estar sublimes de desvergüenza y de delirio, que las faldas subirán hasta el cuello, y que sus parejas revelarán en sus contorsiones todos los misterios de la incontinencia. Verdaderamente es extraño que el pueblo que baila el jarabe se haya apasionado tanto de ese *Can-cán* de bacantes de figón y malaventuradas gitanas.”

Para concluir con esta revista de los teatros de entonces, diré por último: en el viejo salón del ex-Colegio del Seminario, el tristemente célebre teatrillo de *América* vivía del cocorismo, del escándalo, de los gritos que arrancaba á un indocto público el pésimo *Can-cán*, bailado sin sombra alguna de honestidad.

Realmente, sólo la cada día más tirante situación política, era el enemigo de la empresa Amalia Gómez, que para contrarrestarla, puso con mucho aparato de trajes y decoraciones los famosos *Infiernos de Madrid*, que en una revista humorística pintaba el cáustico *Facundo* ó José T. de Cuéllar, del modo siguiente: “¿Tú no conoces los *Infiernos de Madrid*? Pues conténtate con que te cuente algo de esta comedia *de las de por la tarde*. Amalia Gómez, ¿la conoces? es una artista simpática que ha cantado bien y que tiene *mucha intención*. Ya sabrás que como los buscadores de oro, llegó á encontrar hasta siete *Pepitas*, que estaban como las *pepitas* de oro nativo, entre las arenas. Amalia tomó la palabra y les habló del teatro y del porvenir, y las *Pepitas* salieron de sus modestas habitaciones para calzarse el coturno y para representar nada menos que los siete pecados capitales, que merced á Larra, hijo, y á la Gómez, estaban de chuparse los dedos, ataviadas con fantásticos y ricos trajes, que permitían al público indagador y curioso, admirar la honesta desnudez de las consabidas *Pepitas*, todas ellas, en su carácter de pecados se entiende, hijas del *Rey Don Satanás*. El primer acto de los *Infiernos* pasa en el *Infierno*; pero no en aquel que conociste pintado por los Felipenses en la portería de la Profesora, sino en un infierno á la *Larra*, con sillones de brocatel, cortinas con murciélagos y arquitectura de Renacimiento. Por supuesto, los

siete pecados capitales resultan ser del gusto del público sensato y aun de los devotos, ¿lo creerás? porque, de veras, aquellas chicas si no eran un verdadero pecado, eran, por lo menos, una verdadera tentación. La música de *Los Infiernos* es celestial, mira qué antítesis tan bárbara, pero positivamente es muy bien escrita; es de esa música que se saborea y aprende de memoria.”

En la serie de sus funciones, la Compañía de Amalia Gómez puso en escena *La Epístola de San Pablo*, *El caballero particular*, *La Isla de San Baladrán*, *Un Sarao y una Soirée*, *Los Infiernos de Madrid*, estrenada el 13 de Octubre; *El Juramento*, *Una vieja*, *Las amazonas del Tormes*, *Los Dioses del Olimpo*, *El poeta y la beneficiada*, *El corneta*, *Las cuatro esquinas*, *Los cómicos de la legua*, *El Grumete* y *La Cola del Diablo*.

Así llegaron la empresaria y sus noveles artistas hasta el 11 de Diciembre, fecha en que la sociedad dió el trueno gordo, abandonada por el público que andaba alarmadísimo con las luchas y enemistades de juaristas, porfiristas y lerdistas; origen fueron ellas de numerosas revueltas armadas en diferentes puntos del país y de los formidables escándalos dados por los individuos que debían designar á los nuevos munícipes para 1871, individuos que por la receta de la multiplicación de los panes y los peces, resultaron con dos mayorías absolutas en los colegios electorales de San Ildefonso y de Chiarini, que se disputaban el influjo del próximo Ayuntamiento, por lo que él había de pesar en las elecciones generales del año próximo.

Para no concluir desgarbadamente este capítulo, hablaré de una positiva y artística solemnidad. Para las noches del jueves 29 y viernes 30 de Diciembre, se anunció en el Gran Teatro y en celebración del primer centenario del nacimiento de Luis von Beethoven, el primer *Gran Festival Mexicano*, dispuesto por la Sociedad Filarmónica, entonces presidida por D. José Urbano Fonseca. Hé aquí el programa: *Primera noche. Primera parte*: I. Obertura de la ópera de Mozart, *La flauta mágica*, ejecutada por la orquesta bajo la dirección de Agustín Balderas. II. Oda-himno *A los artistas*, poesía de Schiller, música de Mendelsshon, con acompañamiento de instrumentos de latón, ejecutada por los miembros del Orfeón Alemán, dirigido por Germán Laue. III. Gran concierto para violín (op. 61), de Beethoven, ejecutado por Luis G. Morán, con acompañamiento de orquesta dirigida por Félix Sauvinet. IV. Primer coro final del Oratorio de Haydn, *La Creación*, ejecutado por las masas corales é instrumentales del Festival, dirigidas por Félix Sauvinet.—*Segunda parte*: I. Segunda sinfonía de Beethoven, en *re mayor* (op. 36), por la orquesta, dirigida por Melesio Morales. II. Coro final, Alleluia del Oratorio de Hændel, *El Mesías*, por coros y orquesta, dirigidos por Agustín Balderas.

*Segunda noche. Primera parte*: I. Obertura en *mi mayor* de la ópera

de Beethoven, *Fidelio*, por la orquesta, dirigida por Félix Sauvinet. II. A. Coro á voces solas, de Beethoven, *La Gloria de Dios en la Naturaleza*. B. Coro para voces solas de la ópera de Mozart, *Idomeneo*, cantado por el Orfeón Alemán, dirigido por Germán Laue. III. Gran sonata para piano ejecutada á cuatro manos por Tomás León y Félix Sauvinet. IV. Primer coro final del Oratorio de Haydn, *La Creación*.—*Segunda parte*: I. Quinta sinfonía de Beethoven en *do menor* (op. 67), ejecutada por la orquesta, dirigida por Melesio Morales. II. Coro final. Alleluia del Oratorio de Hændel, *El Mesías*.

Los coros, en que tomaron parte señoras y caballeros de la primera sociedad mexicana, se formaron de *setenta y un soprani, treinta y cinco alti, ciento dos tenores, noventa y cuatro bajos*; total, *trescientas dos voces*; la orquesta la formaron ochenta y siete profesores.

Los precios fueron, en palcos, *treinta y dos pesos*; en lunetas, *cuatro*.

Aquella artística solemnidad, consagrada á la admiración de las bellezas que encierran las producciones de los grandes maestros clásicos, en poco estuvo que no hubiera podido tener lugar, por haberse enfermado gravemente la distinguida y virtuosa Sra. D<sup>a</sup> Margarita Maza de Juárez, esposa del Presidente de la República, en los momentos de verificarse la primera función de las dos anunciadas. La premura del tiempo hizo que no pudiese suspenderse la de la noche del 29, que dejó muy complacidos á los inteligentes, pues coros, orquesta y solistas, estuvieron verdaderamente felices.

Pero como la enfermedad de la ilustre dama, revistió alarmantes caracteres en esa misma noche, la Comisión de festivales dispuso suspender el segundo concierto, que no vino á verificarse sino en la noche del 18 de Enero del siguiente año de 1871.

En ambas funciones, el más brillante éxito artístico coronó los afanes de los organizadores del festival, y de los profesores y aficionados que en él tomaron parte, y con justicia pudo felicitarse de ello la Sociedad Filarmónica Mexicana, tan mal aconsejadamente destruída algunos años después por un Ministro que se preciaba de literato, que le tomó odio y mala voluntad, sólo y únicamente por lo muy protegida que había sido por D. Sebastián Lerdo de Tejada y D. José María Iglesias, jefes de causas políticas vencidas por aquélla que, al triunfar, llamó al Ministerio al literato al cual aludo, y fué D. Ignacio Ramírez, más conocido por *El Nigromante*.